

EL DESARRAIGO DE LOS INTELLECTUALES*

Juan Arana. Universidad de Sevilla

Resumen: Después de ahondar en el significado de la noción de *intelectual* y en la de *desarraigo*, el artículo examina el alcance de la desvinculación de los intelectuales con respecto a los valores y tradiciones dominantes en el medio social que habitan. Según el modelo de intelectual clásico, el problema no consiste tanto en que el intelectual viva desarraigado, sino en que posee o busca unas raíces *diferentes*. No obstante, de un tiempo a esta parte la clase intelectual ha ido evolucionando en el sentido de un desarraigo efectivo creciente y en la actualidad su desarraigo está en trance de ser comunicado a capas sociales más amplias, ignorándose cuáles puedan ser las consecuencias de este fenómeno.

Abstract: This paper scrutinises the meaning of «intellectual» and «detachment» (also «uprooting») prior to examining the extent of intellectuals' detachment from values and other pervasively dominant traditions in their social *milieu*. According to the classical model of what it means to be an intellectual, the problem lies not in his living in a detached or uprooted way, but in the fact that the intellectual has *different* roots or is still in search of them. However, the intellectual class has lately evolved towards an increasingly effective uprooting or detachment, which nowadays is about to be extended to wider social classes. The consequences of this phenomenon are still unpredictable.

Mi intervención va a estar centrada en el problema del desarraigo de los intelectuales, cuestión que me preocupa desde hace mucho tiempo, pero sobre la que había reflexionado muy poco hasta que se me encargó con motivo de estas jornadas que dijera algo al respecto. Puesto en la tesitura, decidí empezar por el principio, esto es, por el *Diccionario de la lengua española*, donde me enteré de que el *intelectual* es la persona «dedicada preferentemente al cultivo de las ciencias y las letras.» También averigüé en el mismo sitio que la palabra *desarraigo* alude a la acción o efecto de desarraigarse, verbo que denota la pérdida de raíces. Por consiguiente, se trata de ver qué relación puede haber entre el hecho de que una persona pierda sus raíces y la circunstancia de que se haya dedicado *preferentemente* a las ciencias y las letras. Pero antes de poder responder a

* Intervención en la mesa redonda celebrada el día 21 de marzo de 1995 en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla sobre el tema *Desarraigo y Prejuicio*.

eso, hay que resolver montones de cuestiones previas. En primer lugar podríamos discutir la adecuación del símil botánico, que convierte a los seres humanos en entes arbóreos, provistos como una planta cualquiera de raíces que resultarían indispensables para recibir sustento y fluidos nutricios. Aun dándolo por bueno, ¿cuáles son en realidad esas raíces tan importantes y que supuestamente los intelectuales corren el peligro de perder? Hay una palabra que acude inmediatamente a nuestra mente para responder a este interrogante: las raíces del hombre estriban en las *tradiciones*, esto es —acudiendo de nuevo a la ayuda del diccionario—, en las «doctrinas, costumbres, etc., conservadas en un pueblo por transmisión de padres a hijos.» Nadie discutirá que los padres y, en general, la familia, constituye el primer ámbito que proporciona sustento y nutrición a los miembros de nuestra especie, y por lo tanto es ahí donde debemos buscar nuestras raíces. Para saber un poco más, cabe aconsejarse de los que han convertido la tradición en bandera de afiliación política. En este sentido, la Comunión tradicionalista española lo tiene muy claro: *Dios, patria, rey, fueros*, principios por los que a lo largo de la historia muchos han estado dispuestos a echarse al monte. Cuando uno pierde, o ve en peligro, su familia, su religión, su patria, el orden político y las leyes que las salvaguardan, entonces ha perdido o corre el riesgo de perder las propias raíces, sin necesidad siquiera de ser intelectual. Lo malo de los intelectuales es que, al parecer, pierden todas esas cosas sin que nadie se las quite, única y exclusivamente por dedicarse *preferentemente* a las ciencias y a las letras. Quizás ésa sea la razón de que los padres de la patria obliguen a los muchachos que estudian bachillerato a escoger entre las ciencias y las letras; elegir ambas cosas a la vez podría ser peligroso. ¿Por qué? Tal vez por la fama de desequilibrados que arrastran los intelectuales. Recuerdo que, cuando informé a mi madre de mi intención de dejar la carrera de ingeniero para estudiar filosofía, me dijo muy preocupada que pensaba que «los filósofos se volvían locos». No estoy seguro de que su temor fuera completamente infundado, pero tampoco es eso lo que deseo discutir ahora. Lo que me importa subrayar es que todos parecen estar de acuerdo en que los dementes representan algo así como el paradigma del desarraigo: no sólo han perdido las raíces, sino el tronco de su propia identidad, y sólo quedan ramas desgajadas, jirones de lo que fueron y acaso nunca más vuelvan a ser. ¿Será ésta la razón? ¿Qué hay de verdad en el tópico de que los intelectuales son todos unos excéntricos? Como felizmente no tengo a mano estadísticas al respecto, puedo especular libremente y sostener que no hay mayor morbilidad psiquiátrica entre los intelectuales que en cualquier otro gremio como, pongamos por caso, el de los dentistas o el de los fontaneros. Si acaso, los intelectuales son proclives a locuras algo más

espectaculares y divertidas que los demás y, en cambio, sufren menos de oligofrenia, que al fin y al cabo es también una forma bien triste de desarraigo.

Dejando, pues, a un lado el tema de la locura, el desarraigo de los intelectuales parece que tiene que ver con su dudosa o tibia adhesión a las fórmulas de enraizamiento más usuales: se ve en ellos una agrupación de patriotas discutibles, un colectivo de impíos más o menos solapados, un amasijo de egoístas insolidarios o una casta de descastados recalitrantes. Y lo curioso del caso es que, aunque los intelectuales desmientan con sus hechos tales sospechas, no sólo no quedan libres de ellas, sino muy al contrario, son formalmente acusados de desacato a las normas y creencias del entorno y, las más de las veces, condenados por ello. De esta manera se hizo morir como corruptor de la juventud a Sócrates, que tan prodigioso ejemplo de respeto a las leyes y la patria dio durante toda su vida; Spinoza, que acaso fue uno de los hombres más religiosos de la historia, pasó mucho tiempo por el príncipe de los ateos, y el pobre Leibniz, que dedicó su vida a reconciliar las confesiones cristianas y a vindicar la causa de Dios, recibió entre sus paisanos el mote de *Glaubt-nichts*, esto es, *descreído*.

Sin perjuicio de todo ello, es preciso reconocer que la *opción preferente* por las ciencias y las letras implica un cambio de prioridades en el terreno de los ideales y las devociones. Según Diógenes Laercio, Tales cayó en un hoyo mientras observaba las estrellas, por lo cual se burló de él una vieja que al parecer no se ocupaba *preferentemente* de la astronomía¹. El asistente de Newton, que también se llamaba Newton, relata que el gran sabio, cuando estaba concentrado, se olvidaba de comer y de cumplir con las tradiciones del *Trinity College* donde vivía. Platón trata de explicar en la *República* la razón del despego y torpeza que suele mostrar el filósofo ante las cosas del mundo:

«¿Crees que haya que extrañarse de que, al pasar un hombre de las contemplaciones divinas a las miserias humanas, se muestre torpe y sumamente ridículo cuando, viendo todavía mal y no hallándose aún suficientemente acostumbrado a las tinieblas que le rodean, se ve obligado a discutir, en los tribunales o en otro lugar cualquiera, acerca de las sombras de lo justo o de las imágenes de que son ellas reflejo, y a contender acerca del modo en que interpretan estas cosas los que

¹ Véase Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos más ilustres*, en: *Biógrafos griegos*, Madrid, Aguilar, 1964, p. 1145.

jamás han visto la justicia en sí?»²

Los sabios, como sabe muy bien el hombre de la calle, «siempre están en las nubes», de modo que nada más natural que sus raíces acaben quedando al descubierto e incluso pierdan del todo el contacto con la madre tierra. Pero eso no es todo. Una cosa es ser un distraído y otra muy distinta ser un desarraigado. Lo que ocurre es que el intelectual no solamente está siempre con la cabeza «en otra parte». Tampoco su corazón está donde la mayoría piensa que debiera estar. Hay aquí un problema de doble fidelidad, que trataré de ilustrar con un ejemplo. En la película *Carros de fuego* hay una escena en la que un atleta muy devoto se niega a participar en la final de las Olimpiadas en la que parte como favorito por haber sido programada ésta en domingo. Su país se va a ver privado por ello de la correspondiente medalla de oro. Ante la negativa del pertinaz objetor, el jefe de su delegación arguye indignado: «Cuando yo era joven, el rey era lo primero. Dios y todo lo demás venían después...» De igual manera, en muchos países los católicos han sido a veces sospechosos de estar al servicio de una potencia extranjera, los estados pontificios. Incluso la católica España procuraba designar como embajador ante la Santa Sede a un diplomático poco fervoroso. Algo parecido les pasa a los intelectuales, y aquí probablemente se encuentra una explicación más convincente de su desarraigo: parecen incapaces de vibrar al unísono con las cosas que emocionan a los que viven a su alrededor. La semana pasada, cuando las buenas gentes de nuestro país temblaban de cólera por el secuestro de que habían sido objeto unos pescadores gallegos, la pizarra del aula donde explico filosofía apareció llena de mensajes de adhesión al Canadá, por defender la supervivencia de una succulenta especie oceánica supuestamente amenazada por la rapacidad de nuestros compatriotas. En consecuencia, no hay que extrañarse de que los fundamentalistas islámicos decreten la muerte de ciertos escritores o atenten contra maestros y profesores. Todos ellos son sus enemigos, porque pertenecen a un colectivo que no acata la disciplina entusiásticamente sobrellevada por las masas de los «arraigados».

Ahora bien, ¿a qué se supone que son leales los intelectuales, con preferencia a familia, raza, país o religión? Lo sabemos muy bien desde que Aristóteles se confesó *amicus Plato, sed magis amica veritas*: amigo de Platón, pero más amigo de la verdad. El intelectual presume, o al menos presumía antes, de inclinarse solamente ante la verdad, por constituir su patria genuina: *Veritas, patria mea*. Según Montesquieu, «todo ciudadano está obligado a morir por su patria, pero nadie está obligado a mentir por

² Platón, *República*, VII, 517d. (Trad. de J.M. Pabon y M. Fernández, Madrid, I.E.P., 1969).

ella.» Dedicarse con preferencia a las ciencias y las letras significa anteponer la búsqueda y difusión de la verdad a todo lo demás, y esto pone una cota máxima al valor de cualquier otro compromiso que se asuma. No hace mucho, un partido nacionalista acudió a las elecciones generales francesas con el eslogan «*la France, d'abord*», «lo primero, Francia». Para el intelectual clásico hay que decir más bien, «*la vérité, d'abord*». Está claro, sin embargo, que el intelectual no es el único que pretende vivir de cara a la verdad. Todos aspiramos a estar con ella. Cada cual proclama su verdad, a la que llaman «Alá» los fundamentalistas y «Francia» los chauvinistas. El rasgo distintivo de los auténticos intelectuales es que aún no le han puesto apellidos a la excelsa dama. Para la mayoría de ellos su culto a la verdad es el culto al dios desconocido, a ese dios ignoto al que los atenienses habían erigido una estatua y que Pablo de Tarso quiso desvelarles. Esto no quiere decir, por lo menos en principio, que los intelectuales tengan que despreciar todos los credos definidos. De lo que se trata precisamente es de delinear de la forma más clara y precisa posible los rasgos de la verdad, pero no de *cualquier* verdad, ni siquiera de la verdad *propia de uno mismo*. Para el intelectual, *verdad* y *universalidad* tienen que estar indisolublemente unidos. Por eso parecen muchas veces *desarraigados*, cuando simplemente son (en sentido etimológico) *católicos*, *cosmopolitas*. Este les hace inmediatamente sospechosos ante quienes creen que la verdad sólo puede ser poseída por unos pocos. Paradójicamente, lo que convierte a los intelectuales en una *élite* es su vocación antielitista, porque si hay algo en lo que el vulgo se pone rápidamente de acuerdo es en lo placentero que resulta excluir por principio a la mayoría del género humano de lo que considera valioso. En armonía con estas consideraciones, lo propio del intelectual no es carecer de raíces, sino, muy al contrario, multiplicarlas más y más, como esos árboles tropicales que proyectan desde lo alto nuevas raíces que buscan ansiosas el suelo, más allá de donde emerge el tronco matriz, para ampliar y estrechar su abrazo con la madre tierra. Unas raíces de proporciones cósmicas es lo que el intelectual quiere para sí (por eso cultiva las ciencias) y para sus semejantes (por eso se empeña en las letras).

* * *

Todo lo dicho hasta ahora tiene el aspecto de un elogio más o menos retórico de la figura del intelectual, cuyo desarraigo sería mera apariencia. En realidad, las consideraciones precedentes se ceñían a considerar el modelo teórico del intelectual clásico. Como todos ustedes, pertenezco por mi profesión al estamento intelectual, y no soy tan ingenuo como para afirmar que las cosas sean así en la práctica ni ahora, ni quizás tampo-

co nunca. Lo cierto es que a lo largo de la historia el intelectual no ha hecho muchas veces todo lo que estaba en su mano para encontrar sus propias raíces. Por muchas razones. Una de ellas, sin duda, es la insensata pretensión platónica de hacer al filósofo gobernante de la sociedad. Bastante difícil es de por sí seguir un modelo de conducta acorde con el ideal de la vida intelectual, para sobrecargarlo con las responsabilidades y tentaciones del ejercicio del poder. A la vista están los resultados. En tiempos de Marco Aurelio, los filósofos fueron llamados a las altas magistraturas del imperio. Las consecuencias, tal como las cuenta Renan, fueron las siguientes:

«Era inevitable que este favor súbito concedido por el emperador a una clase de hombres en los cuales se mezclaba lo excelente y lo despreciable, llegase al abuso. De todas partes del mundo hacía venir Marco Aurelio a los filósofos de renombre. Entre los orgullosos mendigos, vestidos de guiñapos agujereados, a los que puso en conmoción ese liberal llamamiento, había más de un hombre mediocre, más de un charlatán. Lo que implica una profesión exterior, provoca siempre la comparación entre las costumbres reales y las que el hábito supone. Se acusaba a esos advenedizos de voracidad, de avaricia, de gula, de impertinencia, de rencor. Se veían a veces las debilidades que podía cubrir su manto. Eran objeto de burlas los cabellos mal peinados, la barba, las uñas, “Su barba, se decía, vale diez mil sestercios, ¡vamos! será preciso asalariar también a los machos cabríos.” Su vanidad daba frecuentemente razón a estos chistes. Peregrino, ardiendo sobre la hoguera de Olimpia, en el año 166, mostró hasta dónde la necesidad de lo trágico podía empujar al insensato, envanecido de su papel y ávido de que se hablase de él.»³

Se puede decir, por lo tanto, que los filósofos llamados por Marco Aurelio no hicieron mejor papel que los teúrgos convocados por Juliano el Apóstata o los nigromantes acogidos por Rodolfo II. Siempre podremos matizar que aquéllos hombres no eran verdaderos intelectuales, sino farfantes de feria. Tal vez sea así, pero entonces, ¿dónde están los genuinos profesionales de la inteligencia? La experiencia es que muy pocos se han mostrado como tales en cuanto han visto la posibilidad de llenar sus bolsillos. Y desde que Marx les instó a transformar el mundo, se ha generalizado la añoranza de los buenos tiempos en que se limitaban a com-

³ E. Renan, *Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo*, Buenos Aires, Antonio Zamora, p. 23.

prenderlo. Parece, pues, que la búsqueda de la verdad no se puede compatibilizar fácilmente con la tarea de gobernar. Tal vez por eso se muestran los políticos tan desconfiados con respecto a ella. Pilatos, que era un político profesional, preguntó exasperado: «¿Y qué es la verdad?», cuando se la mentaron. Y es que la acción política es incompatible con las dudas teóricas y las indefiniciones conceptuales, que constituyen compañeros inseparables de los auténticos intelectuales. Don Nicolás Salmerón, por ejemplo, prefirió dimitir de presidente de la república española antes que firmar un par de sentencias de muerte, y no fue la única vez en que su doble condición de político y pensador le condujo a conflictos irresolubles. Al menos él pudo conservar sus raíces intelectuales; pero los que han pretendido prosperar socialmente *en tanto que* intelectuales, han dejado por norma regular en el camino ese suelo de verdad que precisaban sus raíces. Y al fin y al cabo, salvo excepciones, no son los intelectuales entregados al estudio y la reflexión los que dan la imagen pública de esta vocación, puesto que suelen ser otros los que escriben en los suplementos culturales de los periódicos, los que intervienen en los debates televisivos, los que van de *tourné* por las universidades de verano, los que son contratados como asesores por los ministerios, los que, en resumidas cuentas, están a cargo del *cotarro* de la cultura. Espero que no se considere producto de un despecho personal la conclusión de que quienes con mayor frecuencia reciben las prebendas y los dividendos del intelecto son aquéllos que más habilidad han demostrado en las relaciones públicas, el tráfico de influencias y el halago a mecenas y responsables de los caudales públicos.

Aparte de todo ello, la causa profunda del problema es que muchos consideran definitivamente superada la idea de una verdad objetiva y universal. Se acepta que ni siquiera tiene sentido proponerla como principio regulativo del trabajo intelectual. O sea, no se trata únicamente de prohibir el derecho a sentirse en posesión de la verdad, sino de estatuir que resulta ofensiva la mera pretensión de ir tras ella. Si se acepta este criterio, el desarraigo del intelectual se convierte en algo inexorable, ya que, si no existe ni puede existir una verdad válida para todo tiempo y lugar, ¿dónde asentarán sus tiendas quienes habían jurado no conformarse con otra cosa? Los mismos griegos que inventaron la figura del intelectual acuñaron sociológicamente la posibilidad de perder la fe en la verdad y seguir, no obstante, dedicándose *preferentemente* a las ciencias y las letras desde el más profundo e íntimo *desarraigo*. Si son ciertas las invectivas platónicas, fueron los sofistas los primeros adelantados de esta forma de plantear la profesión intelectual. Sustituyeron la verdad por la mera apariencia, y con ello dieron con una auténtica mina de oro, ya que en aquellos tiempos de democracia directa, ser capaz de presentar en público el

propio caso del modo más favorable representaba una habilidad muy codiciada. Con el paso de los siglos, los intelectuales descubrieron que otros subproductos de su quehacer eran apreciados y generosamente pagados por las sociedades en que vivían. Del mismo modo que algunos alquimistas, después de fracasar en la búsqueda de la piedra filosofal, se hicieron ricos vendiendo recetas para teñir el pelo o disimular las arrugas, muchos filósofos que no consiguieron dar un solo paso adelante en el camino de la verdad fueron aclamados en los salones de la alta sociedad por sus ingeniosos chascarrillos o recompensados espléndidamente por saber prestar a los poderosos servicios menos sublimes, pero más prácticos. En este sentido, la promoción social del intelectual nunca fue problemática.

A otro nivel, el propio intelectual aprendió a encontrar una fórmula intermedia de supervivencia, más fácilmente reconciliable con su propia conciencia. Si no podía aspirar a la Verdad, al menos cabía dentro de lo realizable encontrar una verdad más pequeña y más accesible, en la cual enraizarse. Para ello, lo primero que había que hacer era romper el viejo paradigma de la unidad del saber y esto, en definitiva, fue lo que hicieron los que crearon la ciencia moderna. Los nuevos intelectuales se entregaron con toda honradez y dedicación a investigar un terreno reparcelado y perfectamente acotado. Consagraron con alegría sus vidas a a contar las vértebras de animales desaparecidos hace millones de años o a estudiar las estrellas de galaxias situadas a distancias inverosímiles. No se sintieron durante mucho tiempo desarraigados: seguían sirviendo a la verdad, conocían el aliento de la propia comunidad científica, y obtenían un reconocimiento creciente del resto de la sociedad. La ciencia positiva llegó a ser vista como el único terreno apto para que la humanidad del futuro echara sus definitivas raíces, pero este sueño tampoco pudo hacerse realidad. No deja de ser una amarga ironía que el sabio más admirado y respetado de nuestro siglo, Albert Einstein, se haya convertido en el ejemplo más vivo de desarraigo, y no sólo por sus peripecias biográficas, sino porque, al vivir en plenitud el ideal de objetividad científica, rompió uno a uno todos los lazos afectivos que le unían a sus semejantes:

«Mi profundo sentido de la justicia social y de la responsabilidad social ha contrastado siempre, curiosamente, con mi notoria falta de necesidad de un contacto directo con otros seres humanos y otras comunidades humanas. Soy en verdad un “viajero solitario” y jamás he pertenecido a mi país, a mi casa, a mis amigos, ni siquiera a mi familia inmediata, con todo mi corazón. Frente a todos estos lazos, jamás he perdido el sentido de la distancia y una cierta necesidad de estar solo...

sentimientos que crecen con los años.»⁴

En definitiva, lo que Einstein detecta es que una vida consagrada a un conocimiento especializado nunca da acceso a la plenitud humana. Después de las técnicas de exterminación en masa ensayadas en las últimas guerras, nadie puede ponerlo en duda, y por eso muchos han pretendido y pretenden reencontrar sus raíces de espaldas al intelecto.

* * *

Tanto la especialización a ultranza del «intelectual-científico» como la denodada lucha del «intelectual-comunicador» por mantener su cuota de poder en la industria cultural se pueden entender como consecuencias directas de la *profesionalización* del trabajo intelectual. De la misma manera que el deportista profesional se debe a los colores de su equipo o a la marca que lo patrocina, independientemente de cuáles sean sus preferencias personales, el intelectual contemporáneo se reconoce implícitamente deudor de todos los que financian sus actividades. Como los que cultivan otros oficios, tiene intereses gremiales y está dispuesto a defenderlos con todos los medios a su alcance. Los conductores de metro y los pilotos de las compañías aéreas no dudan en paralizar el país si es necesario cuando negocian sus convenios. Los intelectuales todavía no han llegado a convertirse en disciplinados seguidores de las consignas sindicales, pero saben plegarse a las exigencias del peculiar mercado en que concurren. Ya no piensan para todos: piensan para quien les paga y porque así lo aconseja tanto su conciencia *profesional* como su propio beneficio. Por la misma razón, puede muy bien suceder que no crean en lo que afirman ni estén persuadidos de la bondad de las causas que defienden. ¿Acaso son censurables por ello? Únicamente podrían serlo —pensarán algunos—, si la *profesión* tuviera que ser a todo trance una *vocación*. Sólo en este supuesto sería ilegítimo dissociar el valor intrínseco del trabajo realizado y la calificación ética del trabajador. El sentido de la existencia del zapatero estaría entonces condicionado por la calidad en sus zapatos; el del taxista, por la perfección del servicio que presta; el del intelectual, por el rigor y sinceridad de sus publicaciones y conferencias. Hay afortunados que han conseguido lograr este ideal. Ellos viven lo que cabría llamar *mística de la profesión*: durante la jornada laboral hacen lo que más les gusta hacer, desempeñan la actividad para la que se encuentran más capacitados y con la que resultan

⁴ A. Einstein, «El mundo tal como yo lo veo», en: A. Einstein, *Sobre la teoría de la relatividad*, Madrid, Sarpe, 1985, p. 197.

más útiles a los demás... y encima les pagan por ello. Pero casi todos los mortales están condenados a enfrentarse con la *ascética de la profesión*: la sociedad no acepta ni retribuye las tareas que ellos hubieran escogido y, día tras día, tienen que dedicarse a *otra cosa* para sobrevivir y sacar adelante a los suyos. Hay ejemplos magníficos de grandeza humana entre aquellos que han sabido asumir con todas las consecuencias esta desgracia, y redimen a base de esfuerzo y voluntad esta íntima frustración, llegando incluso a rendimientos profesionales que alcanzan el nivel de la excelencia. Los demás hacen lo que pueden y, a veces, algo menos. Pero unos y otros reservan al ocio la búsqueda de satisfacción personal que se les niega en el negocio. El mensajero alquila sus pies; la mecanógrafa, sus manos; el locutor, su voz; y los tres pueden ganarse la vida de ese modo con perfecta honradez, aunque sientan que lo mejor de sí mismos está en otra parte y sólo les es reconocido en la esfera privada. ¿No puede ocurrir lo propio con el intelectual? Alquilando su cabeza, realiza un menester que encuentra reconocimiento social y, aunque en lo más íntimo piense que lo que hace no tiene ningún valor, ¿por qué ha de rendir por ello más cuentas que los demás? Es una pregunta obvia que tiene una respuesta también obvia: porque el trabajo intelectual no es una profesión *como las demás*.

Cualquier profesión —siempre que, como se dice tópicamente, sea *honrada*— es en principio susceptible no sólo de *desempeño*, sino de *consagración*. Todos nosotros deberíamos al menos intentar consagrarnos a la profesión que nos ha caído en suerte, para que el trabajo no fuera dentro de nuestra existencia una prótesis extraña, sino carne de nuestra carne. Caso de no lograrlo, tampoco tiene por qué significar una tragedia personal o profesional, contando con que consigamos no amargarnos por ello y siempre que hablemos de un trabajo que no repercuta en una parte sustancial de nuestro ser. De lo contrario, mejor sería dejarlo y dedicarse a un oficio menos comprometedor. Por poner un ejemplo: es conmovedor encontrar personas absolutamente entregadas a los demás, consagradas al amor; pero no existen meros profesionales del amor sino, en todo caso, prostitutas y gigolos. Tampoco hay simples profesionales del espíritu: o son personas genuinamente consagradas a la religión, o bien resultan ser falsos profetas y embaucadores; por eso nada hay tan triste como un teólogo sin fe. Y con el intelecto ocurre lo propio, porque no tenemos dos cabezas, una para negociar y otra para ser nosotros mismos. Quien pone a la venta en el mercado su inteligencia y pretende desentenderse a nivel personal de lo que está haciendo con ella, está irremisiblemente condenado a perder sus raíces y probablemente algo más. Se cuenta que un conocido filósofo de este siglo se convirtió a un credo religioso que casaba muy bien con sus ideas, pero no con la vida que llevaba. Llamado

al orden por la autoridad eclesiástica competente, se excusó diciendo que «los postes indicadores de las carreteras no caminan en la dirección que señalan». Es natural y denota una probidad básica que acabara apostatando. Hoy probablemente no se consideraría necesario hacerlo. Oficialmente hemos renunciado a toda forma de «hipocresía», pero todavía seguimos exigiendo coherencia a los que pretenden seguir manteniendo los viejos ideales de la vida intelectual. ¿Y los intelectuales de nuevo cuño? ¿Son honrados cuando, en nombre de la sinceridad, exhiben y comercializan su desfundamiento ideológico? Antiguamente, los filósofos que desesperaban de llegar a conocer la verdad se hacían escépticos y asumían alguno de los modelos de vida socialmente reconocidos para quienes dejaban de creer en lo divino y en lo humano: se instalaban sin ambages en una marginalidad que era respetable y respetada en atención a su motivación, y en la medida que significase efectivamente un intento deliberado de quedarse al margen, y no simplemente una manera de llamar la atención. ¿Qué ocurre, sin embargo, cuando toda una cultura hace profesión de *marginalidad* y entrega las cátedras de sus universidades y la dirección de sus editoriales a quienes han proclamado a todos los vientos su voluntad explícita de desarraigo? Si no estamos ante un engaño más, cosa que también puede ser, el desarraigo profundo empezará a dejar de ser patrimonio de la clase intelectual y se convertirá en moneda corriente entre los ciudadanos de a pie. Con la diferencia de que éstos ni siquiera sabrán por qué razón han perdido sus raíces ni qué decorosa desesperación proporciona una coartada ética a su carencia de modelos de acción y a su penuria de convicciones.

* * *

Juan Arana
Dpto. de Filosofía y Lógica
Universidad de Sevilla
Avda. San Francisco Javier, s.n.
41005 Sevilla